

20/04/2009

Artziniega. Museo Etnográfico "Artea, la historia de un sueño cumplido"

Nos encontramos en la taberna-tienda del Museo Etnográfico de Artziniega, una de aquellas en las que, hasta los años 60, tanto podías adquirir unos cordones para zapatos o una pastilla de jabón y alimentos, como jugar a las cartas y tomar unos vinos. Estamos sentados en torno a una de las mesas, con una partida de brisca iniciada y unas copas marcadas con líneas rojas para que el camarero sepa hasta dónde echar el coñac y sacar el beneficio estudiado a la botella, en una compañía inmejorable: tres de aquella veintena de jóvenes que hace treinta años tuvo un sueño que hoy se ha convertido en la realidad que nos rodea.

Un histórico edificio rehabilitado que acoge una amplia y variada exposición de 1.700 metros cuadrados, distribuidos en diecisiete amplias salas, a través de las que el visitante -10.000 anuales- puede disfrutar con la recreación de los modos de vida, rural y urbano, de los habitantes de la comarca; al que se sumaron en 2005 otros 2.000 metros cuadrados en su exterior, que abarca una moderna construcción para exposiciones temporales y un anfiteatro al aire libre.

"La gente que nos visita piensa que aquí está todo hecho y es un error. Esto es un museo vivo al que siguen llegando piezas que hay que limpiar, restaurar y colocar. En nuestros inicios nadie nos daba credibilidad, sólo teníamos un proyecto de futuro para que no se perdiera el pasado y muchas ganas de trabajar, pero no dinero y seguimos igual. Sin embargo, mira a donde hemos llegado, no nos lo creemos ni nosotros", explica José Luis Zurbitu, miembro de la asociación etnográfica Artea, gestora del complejo museístico de Artziniega, que también engloba una fragua en pleno corazón del casco histórico, conservada a lo largo de los siglos por la familia Respaldiza.

Junto a la taberna-tienda se encuentra la farmacia. "La teníamos echada el ojo antes de que fuera desmontada, hace 20 años, y aquí está tal y como se encontraba en el pueblo", afirma orgullosa Teresa Lafragua, otra de las impulsoras del museo, al tiempo que añade que "lo mismo hicimos con el mobiliario del antiguo Ayuntamiento, si no nos hubiésemos interesado por él, al igual que por muchas otras piezas, posiblemente habría terminado en el fuego o desaparecido".

Objetos protegidos

El mérito del grupo está en que siendo veinteañeros sintieran la necesidad de proteger los objetos de un modo de vida que veían estaba cambiando y

que lograran arrastrar en su ilusión a todo un municipio. "Los jóvenes de hoy no se imaginan lo que ha evolucionado esta comarca en 30 años. Hasta los 60 aquí no había entrado un tractor y todas las labores de campo eran manuales. Entonces, con la apertura de las fábricas, la gente comenzó a tener ingresos fijos, pasó de pobre a nuevo rico y las cosas antiguas comenzaron a despreciarse. Así llegamos nosotros, cuando en el pueblo no había ni concejal de Cultura, pidiendo a todos los vecinos que nos cedieran lo que fuesen a tirar o abandonar en un camarote. Nos escucharon y aquí está todo", subrayan.

Tres décadas después, aquel objetivo está superado. El Museo de Artziniega devuelve los recuerdos y enseña a los más jóvenes. "Yo me casé en este Ayuntamiento y a la gente de las fotografías la hemos conocido. Es la historia viva de nuestro pueblo que nunca se perderá, aunque cada vez más nos estamos convirtiendo en el refugio de la memoria histórica de toda la provincia", asiente Mateo Lafrauga, al tiempo que su hermana Teresa explica que "de hecho, pronto vamos a tener aquí montada la zapatería de Los Arquillos de Vitoria, y ya tenemos una parihuela para el traslado de fallecidos de Murgia, así como un vestido de novia negro de 1890 que nos ha donado una señora de Gasteiz".

La labor de Artea va más allá de mantener al día estas salas que también albergan la vieja escuela de la localidad, una cocina de caserío, una cuadra o una barbería, por citar alguna. "Nuestros estatutos recogen que nuestra labor se centra en recuperar las tradiciones euskaldunes, mediante acciones etnográficas y por eso trabajamos mucho con los niños como en la fiesta del solsticio de verano. Ya nadie pregunta porque la hoguera no tiene bruja con escoba, todos saben que eran nuestras amamas curanderas y que el fuego es un elemento purificador al que arrojamos papeles con deseos, no personas", matizan.

Del mismo modo han rehabilitado dos molinos harineros en las localidades de Sojoguti y Sojo, editado publicaciones sobre la fragua, tocados medievales y los escudos de la villa; y organizado decenas de conferencias y exposiciones a lo largo del año. "Hay que superarse y no quedarse parados. Nosotros también fuimos los impulsores hace doce años del mercado de antaño que actualmente organiza el Ayuntamiento, pero es que no podíamos con todo", sentencia Zurbitu.